

Una odisea en Cojímar

Víctor M. González Buduen
Poeta
La Habana, Cuba

Fui detenido de forma arbitraria la noche del miércoles 11 de marzo, sin previa comunicación de razones. El oficial a cargo sólo dijo que yo debía acompañarle y punto. ¿Hora? Diez de la noche, un tiempo ilegal para la patrulla de policía. ¿Depósito?: Estación policial de Cojímar, al este de La Habana, localidad famosa por las corridas marinas del escritor Ernest Hemingway.

Al llegar comencé a percibir el mal ambiente en torno a mi persona. El guardia ubicado en la puerta expresó: «Ya llegó el negro vago». Y al dirigirme a la carpeta para indagar el por qué de la detención, sólo obtuve el silencio como respuesta. Unos 6 u 8 minutos más tarde, el Segundo Jefe de Estación ordenó presentarme en una oficina para enterarme de que me habían detenido por considerárseme en «estado peligroso».

Acto seguido me cominaron a firmar unos papeles que, por supuesto, ni me tomé el tiempo de leer, pero ellos sí tomaron mis huellas dactilares y hasta fotografías, con la habitual prepotencia y falta de profesionalismo de quienes detentan el poder en Cuba. «Eres un negro payaso», me espetó el oficial

que tomaba mis huellas en presencia del Segundo Jefe. Y el jefe de Sector (sub-unidad a nivel de barrio de la misma estación) que me acusaba no estuvo por todo aquello. Algo me oía mal.

Luego de todo este proceso, en que parecía que habían capturado a un negro de Al Qaeda, me confinaron en una de las cuatro mazmorras transitorias al fondo de la estación. Era un recinto estrecho, húmedo y pestilente, (des)pintado con cal blanca y un hueco adornado de barrotes que fungía o fingía como ventana. Hacía un frío terrible y en su pared sobresalía un tubo que desempeñaba función de ducha helada. Frente a ella, a menos de dos metros y medio, otro hueco para posar el deshecho humano. Los papeles usados para tales menesteres campeaban por el piso. Cuatro mesetas de cemento imitaban dos literas, una frente a la otra, en la entrada de la celda. Así era mi morada en los seis próximos días. Estas unidades de detención transitorias jamás son visitadas por organismos internacionales. Quizá por ello sus condiciones infrumanas incluyen no tener acceso siquiera a una hoja de papel y un lápiz para escribir un poema

Al entrar percibí las cuatro imitaciones de cama con 8 personas (una sola no era de la raza negra). Aparte de los cuatro mejor ubicados, uno dormitaba con una colchoncito de espuma de goma (dos pulgadas de espesor) en el pasillo y otros tres se acurrucaban sin colchón en los rincones.

Los colchoncitos se repartían a las diez de la noche y se recogían a las siete de la mañana. Tres de las cuatro celdas, con cuatro mesetas-camas se destinaban a hombres, y la otra, con dos mesetas-camas, era la celda de mujeres. En total, 14 colchoncitos. Así queda claro: quien se hospede después de la repartición... ya sabe.

Entonces, ¿dónde me acomodo?, pregunté irritado al guardián. «Acomódate donde quieras, las otras celdas están llenas», me respondió de mala gana.

En los seis días restantes supe de la detención de personas por delitos irrisorios, como vender dos ristras de ajo, y pude darme cuenta de que la inmensa mayoría de las personas acusadas tenía la tez negra.

De acuerdo con la tipología clásica de los delincuentes empleada por las autoridades cubanas, la negritud fue el punto de partida de mi detención. Ya desde mi incorporación al Comité Ciudadanos por la Integración Racial (CIR), el jefe del Sector, conjuntamente con otros funcionarios públicos denominados «factores del barrio» (de los CDR, el PCC y la FMC), arreciaron su hostigamiento contra mí. No fue la mera desvinculación del trabajo con el Estado, sino el peligro que significa mi trabajo con la comunidad negra. Poco conocido, como soy, pues parecía relativamente fácil «desaparecerme» en las mallas duras del «estado peligroso».

Fueron seis días en que noté la preocupación derivada de la problemática racial en

determinados espacios sitiados. Escuchar desde mi celda el comentario, a lo lejos, de determinados oficiales invisibles fue más que suficiente: «Dicen que es de un grupo disidente negro, de los de Obama».

No soy de los de Obama, aunque le admire en lo que vale y significa. Sólo pertenezco a una asociación cuya única aspiración es contribuir a eliminar leyes, decretos y medidas racistas que laceran nuestras vidas, haciéndonos vegetar en una sociedad alimentada por sentimientos racistas solapados y verdades racistas escondidas. Pero gracias a todos los que, de forma desinteresada, estuvieron al tanto de mí y de mi familia, en particular el CIR, el partido Arco Progresista y el amigo Juan Governa, activista de derechos humanos, no se consumó la consecuencia del «estado peligroso»: la «medida de seguridad» de uno a cuatro años de internamiento.

El apoyo constante y la diligencia de una abogada de causas perdidas para la ley y ganadas para la justicia, evitó que me llevaran a los tribunales. Fue todo ese movimiento solidario, que aglutinó los sentimientos más nobles y arrinconó a las fuerzas policiales y otras ocultas, forzándolas a reconsiderar su indigna acción. He sido devuelto al seno de mi hogar, aunque no a la libertad, porque sigue habiendo personas, sin distinción de razas, limitadas en sus derechos. De ahí que muchos continuaremos luchando.

Ya en la calle, me vuelvo a hacer la pregunta de siempre: ¿Qué va a ser de todos aquellos jóvenes, principalmente negros y mestizos, que penan la injusticia en la impotencia y el olvido? El CIR tiene un desafío. Yo tengo una tarea.